

## **ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ. APROXIMACIONES METODOLÓGICAS AL ESTUDIO DE LAS MUJERES Y LA GUERRA EN EL MUNDO ANTIGUO**

---

CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ  
Universidad de Granada  
candidam@ugr.es  
<http://orcid.org/0000-0002-4516-2025>

MERCEDES ORIA SEGURA  
Universidad de Sevilla  
oria@us.es  
<https://orcid.org/0000-0002-9017-7752>

**RESUMEN:** La aplicación de la metodología de género a la investigación sobre la guerra permite comprender la relación de las mujeres con la misma en las sociedades antiguas. Siendo el ejército y la guerra componentes esenciales de la identidad masculina, a la mujer queda reservado el papel de madre de soldados o víctima del conflicto. Cualquier otra forma de intervención femenina se considera desde ese punto de vista una inversión de los roles establecidos. Analizando los casos griego y romano, a través de las fuentes literarias e iconográficas – especialmente útiles para Roma – trataremos de caracterizar los diferentes papeles de las mujeres en la guerra: imagen de la paz, instigadoras de guerras, combatientes activas o colaboradoras directas, mediadoras, víctimas y beneficiarias del conflicto. Los modelos de relaciones de género oficialmente difundidos en las sociedades clásicas resultan no ser los únicos posibles.

**Palabras clave:** Conflictos bélicos; Pacificación; Participación femenina; Antigüedad Clásica; Relaciones de género.

**ABSTRACT:** The application of gender methodology to war research provides an understanding of the relationship that women had with war in ancient societies. The army and war being one of the essential components of male gender identity, women are reserved the role of mother of soldiers or victims of the conflict. Any other form of female intervention is considered from this point of view as a reversal of established roles. Analyzing the Greek and Roman cases, through the literary and iconographic sources – especially useful for Rome – we will try to characterize the different roles of women in war: image of peace, instigators of wars, active combatants or direct collaborators, mediators, victims and beneficiaries of the conflict. The models of gender relations officially spread in classical societies are not the only possible ones.

**Keywords:** War conflicts; Pacification; Female participation; Classical Antiquity; Gender relationship.

“Pero si nosotras las mujeres no os hemos votado a ninguno de vosotros enemigo público, ni derribado vuestra casa, ni derribado vuestro ejército, ni dirigido a otro contra vosotros, ni os hemos impedido que obtengáis cargos ni honores, ¿por qué participamos en los castigos si no hemos participado en los crímenes?” (App. B. Civ. 4.32.4).

El discurso de Hortensia en el foro de Roma (siglo I a.C.) nos sitúa ante una perspectiva que atraviesa la historiografía antigua: las mujeres, al margen de los ejércitos identificados con los ciudadanos, no participaron ni les competían las guerras, ya que los actos y valores asociados con ellas eran parte constituyente de la identidad masculina. Tal vez por ello la relación de las mujeres con la guerra no ha sido suficientemente estudiada. Sin embargo la perspectiva que propone la historia de las mujeres ha puesto de relieve que el género atraviesa todo aspecto social, aportando una visión integral del acontecer histórico del cual la guerra forma parte. Recientes investigaciones analizan cómo las mujeres de la Antigüedad se vieron concernidas por ella (Fabre-Serris, Keith, 2015; Loman, 2004), tanto en los discursos que identificaron la guerra y la paz con lo masculino y lo femenino, como en su participación en los conflictos: lejos de quedar al margen, opinaron sobre ellos, los sufrieron, se implicaron y a veces se beneficiaron. Las mujeres aparecen como imágenes de un cuadro en el que se representan todas las figuras de un tornasolado ideológico que ora da réplica a los roles masculinos, ora los secunda con un cromatismo debilitado (Amorós, 2014: 15-33). Pero como ha señalado Violaine Sebillotte (2015), la retórica generizada de las sociedades antiguas y la historiografía tradicional ha dificultado la conceptualización de las mujeres en el poder o en la guerra.

Aproximarnos a una realidad compleja, y a veces contradictoria, requiere nuevas herramientas conceptuales y metodológicas. Partimos de la aplicación de la perspectiva de género, una vía de análisis que va más allá del relato del conflicto armado y se extiende a la conformación de exclusiones e inclusiones, las identidades masculinas y femeninas en torno a la guerra y la paz, los símbolos disponibles o las relaciones de poder entre mujeres y varones. Un segundo enfoque, que abre interesantes posibilidades en el caso del Mediterráneo romano, es el de los estudios postcoloniales, útiles para analizar los discursos que homogeneizan un conjunto diverso y desigual bajo el prisma de la experiencia y los intereses de los colonizadores (vd. Webster, Cooper, 1996; Terrenato, 2005; Raaflaub, 2007; Gradner, 2013; Epstein, 2014; Moloney, Williams, 2017; Beltrán Lloris, 2017: 18-21, etc.). Cobra especial relevancia el análisis de la imagen construida sobre las mujeres de los pueblos conquistados, considerada expresión de su “anomalía” cultural y social, y homogeneizada hasta enmascarar la diversidad de las relaciones de género y las formas de comportamiento femenino en sus sociedades de origen. Podemos así adentrarnos en las experiencias de la guerra y la paz sufridas por las mujeres: habitasen en los territorios conquistados o perteneciesen a la sociedad conquistadora, las unía su posición subordinada respecto a los varones, el papel dado al cuerpo femenino, etc. En tercer lugar, la investigación para la Paz (*Peace Research*) aporta herramientas teóricas y metodológicas sobre los campos semánticos de la paz y la guerra, y otra comprensión de un concepto ligado al final de esta, pero también a situaciones de bienestar, concordia, diálogo y mediación posibles incluso en pleno conflicto (Muñoz Muñoz, Martínez López, Jiménez Arenas, 2013; Muñoz Muñoz, Martínez López, 2012). Este horizonte aclara actitudes de las mujeres antiguas que apoyaban a sus conciudadanos en la guerra y, al tiempo, pedían la paz (Mirón, Martínez, 2000; 2012).

Las fuentes textuales e iconográficas representan por naturaleza discursos diferentes, aunque coherentes con los valores sociales dominantes. La literatura histórica relata guerras reales, la poesía y el teatro muestran las legendarias, con similar reparto de papeles entre hombres y mujeres. Las imágenes,

uno de los más poderosos medios de difusión y propaganda de la Antigüedad, ofrecen un repertorio de símbolos de feminidad y masculinidad en torno a la guerra y la paz, que reproducen, educan y crean modelos sociales de género. Así lo hacen las representaciones de la principal vía de engrandecimiento de Roma, la guerra, reflejando sobre todo sus aspectos triunfales y el papel de cada participante. Para las mujeres, la iconografía oficial se decanta por dos imágenes-tipo: la guerrera y la víctima, no siempre identificadas como vencedora y vencida; pero también por la representación femenina de la paz.

Desde estos horizontes, trataremos de ofrecer una aproximación metodológica que nos permita acercarnos a esa realidad compleja donde se entrecruzan género, clase social, ubicación de mujeres en una zona u otra, etc., centrándonos en cinco enfoques: la conformación de género de los discursos sobre la paz y la guerra; las formas de participación femenina activa o como instigadora y colaboradora; la implicación de las mujeres como mediadoras y defensoras de la paz; el sufrimiento corporal y emocional de las víctimas; y las beneficiarias de la guerra. Estos aspectos se concretan en el imaginario visual romano, creador de símbolos aún disponibles a través del tiempo.

## **1. LOS DISCURSOS DE LA GUERRA Y LA PAZ: LA CONFORMACIÓN DE LAS IDENTIDADES DE GÉNERO**

Los conceptos de guerra y paz, y su identificación clásica generizada nacieron de forma paralela, ya que el de paz obedece a la necesidad de frenar la guerra cuando esta aparece como práctica y concepto (Muñoz Muñoz, 2001: 26). La guerra fue considerada en las sociedades clásicas una actividad masculina que excluía a las mujeres. En la *Iliada*, cuando Andrómaca pide a su marido Héctor que no salga a la lucha por temor a que muera, él rechaza sus consejos con estas palabras: “Mas ve a casa y ocúpate de tus labores, el telar y la rueca, y ordena a las sirvientas aplicarse a la faena. Del combate se cuidarán los hombres todos que en Ilio han nacido y yo, sobre todo” (Hom. *Il.* 6.490-493).

Por el contrario la paz nacía mujer. Representada por la diosa Eirene, con cuerpo y atributos femeninos, a ella se asimilaron virtudes, potencialidades y símbolos considerados como tales (Martínez López, 1998). Las asociaciones entre paz y fertilidad, abundancia, capacidad de creación son expresadas en figuras femeninas con niños en sus brazos, mujeres portando la cornucopia como símbolo de la riqueza que la paz permite desarrollar, etc. (Muñoz Muñoz, Díez Jorge, 1999). Los relieves del *Ara Pacis Augusta* son el referente inevitable para la expresión visual de estas ideas.

Es comprensible esta conceptualización femenina de la paz en el imaginario de las sociedades antiguas. El discurso de género que sustenta la polis atribuye a hombres y mujeres funciones distintas, vitales para su supervivencia: varones, ciudadanos y soldados constituyen la comunidad política que se expresa en el espacio público; mujeres, naturaleza y fecundidad la reproducen y sostienen desde el espacio privado y la ausencia de la palabra pública. Por ello la imagen del guerrero, que siendo plenamente ciudadano por su participación en el ejército y el combate conlleva la muerte, es simétrica a la de la madre, que cumple su naturaleza como esposa y como ciudadana dando la vida. Este paralelo, bajo formas más o menos sofisticadas, conduce a pensar ambas actividades como excluyentes: al hombre, incapaz de concebir hijos, se opondría la mujer, no apta por naturaleza para combatir. Pero esta no es la única oposición en la construcción de los papeles de género relativos a la paz y la violencia. La imagen del hombre fuerte y armado se relaciona con la de la mujer débil y desarmada, una división entre protectores y protegidas que acentúa la dependencia colectiva e individual.

Las mujeres, ausentes de los ejércitos, no participaban en la guerra activa, pero este mismo discurso les hacía mantener en la práctica actitudes evidentemente contradictorias: el sufrimiento por la posible pérdida en el combate de sus familiares varones les incitaba a defender la paz; pero la satisfacción de

que ellos participasen de la gloria de defender la patria y se reconocieran sus “valores masculinos” les hacía colaborar de algún modo con la guerra. De un lado esta les impedía ejercer su función social y política fundamental: la reproducción del grupo familiar, quitándoles con ello una parte de su mundo de afectos y seguridades. De otro, contribuían a los “intereses de la patria”, alentando y confirmando los valores masculinos y el equilibrio social en las relaciones de género (vd. Martínez López, 2000).

La dialéctica clásica entre la paz y la guerra, profundamente imbricada en las nociones de lo femenino y lo masculino, ha operado no solo en el plano conceptual sino también en el práctico, estableciendo una dualidad cuyos límites se han traspasado en ambas direcciones a lo largo del tiempo (Martínez López, 2000; Magallón Portolés, 1993). Hubo discursos que rompían la dicotomía, tanto en el plano literario como en el visual. Pensemos por ejemplo en la asimilación de la paz, con sus atributos de fecundidad y abundancia, como una virtud del poder masculino que en el caso de Augusto amplifica su propio poder. Por otro lado, la imagen de las mujeres representando los discursos de paz está presente desde la época arcaica griega hasta la imperial romana; pero existieron, al tiempo, imágenes femeninas asociadas a la idea de la guerra. Nos preguntamos, pues, si en el marco de estos discursos generizados era posible, y de qué forma, la figura de la guerrera, inexistente en los ejércitos antiguos. El imaginario del mundo clásico sí concibe figuras femeninas armadas y en combate, desde dos ópticas muy diferentes: la de las diosas y la de las humanas.

Las diosas de la guerra, Atenea para los griegos, Minerva, Bellona, la personificación de Roma, o la protectora de *Lanuviium* Juno Sópita en el caso romano, comparten un modelo iconográfico muy interesante, pues superpone al peplo típicamente femenino una panoplia formada por coraza, casco – o el yelmo de piel de cabra de Juno Sośpita –, lanza y escudo, reforzada por elementos protectores sobrenaturales como la cabeza de la Gorgona. Un caso particular es el de Dea Roma, la encarnación del espíritu expansivo y victorioso con el que Roma afrontó sus guerras externas. Bellona, antigua diosa guerrera itálica compañera de Marte, fue desplazada por esta figura de creación política con la que compartía en parte iconografía y funciones. Aunque la imagen de Roma (vd. Vermeule, 1974) parte del mismo modelo helenizante, incorpora rasgos propios como las alas en el casco, elemento relacionado con la Victoria, y una mayor feminización de su aspecto mediante los rizos que escapan del casco y las joyas. Sin embargo la vemos entronizada sobre las armas capturadas a los enemigos, coronando trofeos militares y despidiendo al emperador que parte a las campañas (fig. 1). Esta figura cala en las provincias. La Roma o *Gallia Narbonensis* del relieve SO en el arco triunfal de St. Rémy (McGowen, 2010: Cap. 4, con referencias), sentada sobre el habitual montón de armas, custodia a un prisionero humillado y vencido, bajo el dominio de una figura femenina armada y victoriosa semejante a las ya descritas. Tampoco son imágenes desconocidas en el contexto de la Hispania en proceso de conquista, a cuyo estudio se dedica esta publicación. Diversas monedas de acuñación local muestran diosas con casco militar cuya identificación precisa y fuente de influencias son objeto de una controversia en la que ahora no podemos entrar (vd. Chaves, Marín, 2004).

Esta vinculación de formas femeninas con símbolos y elementos de la actividad militar marcan el carácter no humano de esas figuras que pueden, sin transgredir los discursos de género, participar de ambos. Pero al tiempo crean otro universo en el que los papeles de género pueden construirse de forma diferente. Sin embargo una diosa no es una mujer, como nos recordaba Nicole Loraux (1991). Las mujeres mitológicas o terrenales que intervinieron en acciones militares ni disfrutaron de esa veneración ni presentaron una iconografía comparable. La imagen de la combatiente queda relegada al ámbito de lo ajeno, lo diferente y lo bárbaro, ya desde el precedente mitológico de las Amazonas. Representadas con frecuencia en época romana, su aspecto, armamento y actitud resaltan la “alteridad”, la “anomalía”

de una mujer armada que lucha. Lo hace además desnudando parcialmente su cuerpo, así encarna un tópico literario marcado por las concepciones de género dominantes: la erotización de la luchadora (Sharrok, 2015: 162 ss.), cuya manifestación extrema es la amazona que al morir enamora a su matador (Pentesilea y Aquiles). Las Amazonas son siempre vencidas por los griegos y así pasan al repertorio visual romano, sirviendo de modelo a otras escenas de lucha y victoria de un guerrero sobre una figura femenina. Podríamos señalar la conquista de *Britania* por Claudio en un relieve del *Sebasteion* de Afrodísias (fig. 2), monumento que según Ramsby y Severy – Hoven (2007) estaría inspirado en otro de la propia Roma (Souza, 2011). La figura de la Amazona herida transmite precisamente una imagen de vulnerabilidad que concuerda mejor con la idea preconcebida del papel de la mujer. En cuanto a las guerreras humanas, literarias como la africana Asbyte de Silio Itálico (García Amutxastegui, 2009: 342-348) o históricas como Artemisia de Halicarnaso, las reinas guerreras célticas y las valerosas hispanas de las narraciones sobre la conquista, son extranjeras, bárbaras y carecen de imagen antigua conocida. La finalidad de la iconografía propagandística oficial no puede permitirse una figura tan subversiva de los roles sociales como la de la mujer guerrera y si lo hace, es para mostrar su derrota. Ni siquiera la tiene la mítica Camila de Virgilio, que a pesar de ser itálica reviste rasgos “amazónicos” que la convierten en una anomalía exótica, una mujer viril a la que se admira y se combate a partes iguales (Sharrok, 2015). Recordemos por otra parte que varias de las diosas y guerreras mitológicas mencionadas fueron caracterizadas con atributos “poco femeninos” y, sobre todo, por su consideración de vírgenes, que las aleja de la relación clásica femenino = madre/masculino = soldado.



Fig. 1 - *Dea Roma*. Relieve en el altar de la gens Augusta en Cartago, final s. I a.C. - inicios s. I d.C., Museo del Bardo (Pradigue, publicada bajo licencia libre Creative Commons).



Fig. 2 - La derrota de Britania a manos de Claudio, con la iconografía propia de la lucha entre griegos y amazonas. Relieve del Sebasteion de Afrodísias, 20-60 d.C., Museo Arqueológico de Afrodísias (David J. Lull, publicada bajo licencia libre Creative Commons).

El caso de Clelia, la heroína semi-mítica romana, se aparta de este canon y el recuerdo de su imagen es excepcional. No se trata de una luchadora, sino de una rehén de guerra protagonista de una operación de fuga, liberación y negociación que beneficia finalmente a toda la comunidad romana. La recompensa a este acto de civismo es el honor inusitado de una estatua ecuestre en el foro, de la que se hacen eco diversos autores (la versión más completa de la historia en Livy 2.13.5-11), pero de la que no queda ningún resto visible. De hecho, en el amplísimo repertorio de estatuas ecuestres dedicadas en el Imperio romano a lo largo de su historia no hay ninguna femenina; menos aún en actitud guerrera, cosa que en cualquier caso Clelia no es.

Así pues, las sociedades ateniense y romana necesitaron construir mediante textos e imágenes discursos en torno a la guerra y la paz que, por afirmación o exclusión, vinculaban a lo masculino y lo femenino, generando al tiempo elementos de transgresión necesarios para afirmar el modelo. Cabe preguntarse si esta representación de la transgresión fue una total invención, o tal vez el eco de otros patrones de género diferentes a los propios, que no podían pensarse sino en términos de inversión.

## 2. MUJERES INSTIGADORAS, PARTICIPANTES Y COLABORADORAS EN LOS CONFLICTOS ARMADOS. ¿ALGO MÁS QUE UNA ANOMALÍA?

El discurso que excluye a las mujeres de la práctica militar conforma un *topos* clásico de masculinidad y feminidad con el que se mide la idoneidad de cualquier acción femenina relacionada con la guerra, para reforzar el propio modelo, ridiculizar y denostar actitudes no acordes con él, considerarlas extrañas o salvajes – no civilizadas – o contemplarlas sencillamente como una anomalía. Pero si quitamos la lente del modelo de género clásico, podemos descubrir una vinculación de las mujeres con el hecho guerrero que puede resultar de gran interés histórico, sin plantearse en términos de inversión. Tres perspectivas, con ejemplos antiguos constatados, llaman nuestra atención: las instigadoras de guerra, aquellas que participaron directamente en la actividad militar y las que colaboraron de algún modo con la misma.

El paradigma de las instigadoras es Helena de Troya, pero los textos clásicos transmiten otros casos donde la agencia femenina en ese sentido aparece como una completa anomalía. Como señala Celia Amorós (2014) al releer la influencia de Aspasia sobre Pericles en las Guerras de Samos y del Peloponeso, “Lo escandaloso no era aconsejar la guerra, sino que ésta fuese aconsejada por una mujer, además no ateniense, con lo que el consejo se sexualiza perdiendo su carácter público y convirtiéndose en asunto de artimaña política”. Aspasia sería belicista, frente a Lisístrata la pacifista, porque en cuanto hetera (Ar. *Ach.* 523-539) ama la desmesura, la riqueza, el lujo, fruto del imperialismo cuyo pilar es la guerra, aunque esta pueda traer la ruina. La idea de la instigación femenina del conflicto por mero egoísmo personal es correlato de la misoginia masculina, incapaz de admitir mujeres concedoras de la coyuntura política, las relaciones internacionales, el juego de alianzas, favorables así al enfrentamiento.

¿Y las participantes activas? ¿Eran una anomalía histórica? Violaine Sebillotte-Cuchet (2008) se pregunta por estas prácticas, silenciadas o consideradas mera anécdota. ¿Lo fue la proeza militar llevada a cabo por Artemisia de Halicarnaso, admirada por Heródoto (7.68-69, 87-88), quien tras la muerte de su marido ejerce el poder y encabeza una batalla naval con actitud “masculina”? ¿Artemisia tenía conocimientos y entrenamiento para llevarla a cabo? Medio griega, medio bárbara, su figura desafía la bipolaridad ateniense masculino/femenino y griego/bárbaro. En otra clave, la romana Fulvia, casada en terceras nupcias con Marco Antonio, fue denostada por su agencia en el terreno militar (Hallet, 2015). Casio Dión (48.103-104) la describe haciendo rondas de vigilancia armada con una espada y arengando a las tropas durante el asedio de Perusia por Octaviano. En acuñaciones provinciales (como *Eumeneia* en Frigia, *RPC* 3139-3140), su retrato se asocia a una divinidad guerrera, una imagen de expansión y victoria. Pero las fuentes literarias la mencionan en tono peyorativo, véanse las invectivas de Cicerón en sus *Filípicas*: 2.113, 6.4, 13.18 (las fuentes sobre Fulvia han sido recientemente recopiladas por López Casado, 2015), y los glandes de plomo del asedio la denigran con alusiones sexuales (*CIL* VI 6721.5, 6721.14). Sin embargo Hallett (2015) considera que esta imagen condenatoria de su “agresividad típicamente masculina” obedece a las convenciones de la poesía amorosa, con su retrato crítico de la amante dominadora que toma la iniciativa y su concepto del amor como combate.



Fig. 3 - Un grupo de mujeres tortura a los prisioneros dacios. Escena 45 de la Columna Trajana, 113 d.C., Foro de Trajano en Roma (Joe Mabel, publicada bajo licencia libre Creative Commons).

Las mujeres implicadas en prácticas militares salpican la literatura antigua, pero fuera del modelo clásico de ejército, procedentes de otros pueblos y, si son griegas o romanas, como una peligrosa desviación de género. Esta mirada explicaría la crueldad bárbara de la escena 45 de la Columna Trajana (fig. 3): un grupo de mujeres de indumentaria local – se descarta la interpretación de A. Pogăciaș (2017: 19) como romanas vengando a sus esposos caídos – torturan con antorchas a prisioneros desnudos. Excluyendo que se trate de dacias que se ensañan con prisioneros romanos, una escena demasiado humillante para un monumento triunfal, queda la opción de las aliadas moesias aprovechando la debilidad de sus enemigos dacios derrotados. En cualquier caso, una intervención bélica femenina desde la retaguardia, una auténtica “inversión del orden natural” destinada a minar la resistencia de los dacios (Dillon, 2006: 263-267). Pero el Mediterráneo antiguo era mucho más diverso y complejo que la mirada homogeneizadora de Atenas y Roma sobre “lo otro”, lo bárbaro, la anomalía de género, incluyendo diferentes vínculos entre guerra y mujeres que merece la pena explorar, caso de la participación de hispanas en la defensa contra la conquista. La astucia y valor de las mujeres de *Salmatis* (Plut. *De mul. vir.* 248e), la valentía de las lusitanas que, según Apiano (*Ib.* 74), luchaban junto a los hombres sin proferir ni un grito en las refriegas, o la gallardía de las brácaras en el manejo de la espada (Livy 28.29), implican a muchas mujeres en el conflicto por razones patrióticas, de género, de defensa de su grupo, etc. (Martínez López, 1986, 1990). Mencionábamos antes a las reinas guerreras célticas como Boudica, que asumen el mando cuando faltan sus esposos y su propia integridad y la de sus familias se ve amenazada (vd. Hammersen, 2017: 87-91, con referencias). ¿Por qué no pensar que las relaciones de género en estos pueblos pudieron tener expresiones diferentes y propias, entre ellas que la contribución de las mujeres a la defensa de su comunidad no fuese algo extraño? La cuestión abre perspectivas de gran interés, que no nos es posible desarrollar en este trabajo, entre ellas la necesidad de comprobar si también en situaciones menos extremas los roles femeninos eran equiparables.

Tal vez lo más conocido y mejor admitido por la historiografía clásica, dado su papel patriótico, sean las colaboradoras. Sin transgredir su rol de género, la guerra les permitió situarse en el plano público como integrantes de la comunidad política y obtener reconocimiento y privilegios. Rituales propiciatorios, cantos en favor de la guerra, celebraciones por las victorias obtenidas o donaciones de su riqueza relacionan a las mujeres con la actividad militar. Busa, la rica noble de Apulia que proporcionó a los romanos trigo, vestidos y alimentos tras la derrota en Cannas (Livy 22.52.7), o las matronas romanas que dieron su dinero y atavíos tras la toma de Veyes (Livy 5.25.8-10) o la invasión de los galos (Livy 5.50.7) fueron condecoradas y obtuvieron privilegios por parte del Senado (Cid López, 2017). También las mujeres que vivieron en los campamentos, como han puesto de relieve las tablillas de Vindolanda, colaboraron en su funcionamiento y mantuvieron redes de mujeres y una cotidianidad pacífica en un contexto militar (Greene, 2013; 2016). Pero la colaboración más cotidiana es la de las madres que transmiten a sus hijos los valores patrióticos y su defensa, si es necesario, mediante la guerra, actitud que alcanza su máxima expresión en época imperial romana. La presencia de Agripina la Mayor junto a Germánico durante las campañas en el Rin la convirtió en una heroína para el pueblo romano y el ejército, un antecedente de las *Matres Castrorum* que serán mucho después Faustina la Menor – acompañante de Marco Aurelio en sus campañas (Boatwright, 2003) – y Julia Domna (Conesa, 2019). La iconografía de Agripina (vd. Wood, 2001: Cap. 5) nunca muestra su faceta de esposa inseparable del militar ni la asocia a motivos castrenses, se acentúa su función social esencial como matrona noble, exaltada como madre en las acuñaciones de su hijo Calígula (*RIC* I 42, 45, 102-103, etc.). Por el contrario, las emperatrices citadas se muestran en las monedas (fig. 4) si no como auténticas militares, sí sacrificando ante los estandartes legionarios (Faustina: *RIC* III 1711-1712; Julia Domna: *RIC* IV 567, 568, 860, etc.). Pero la



función ejercida por estas matronas imperiales respecto a la guerra resulta ser en el fondo la tradicional: madres de ciudadanos-guerreros y transmisoras de los valores establecidos. En estos casos, el rol se extiende a toda la comunidad romana, de la que se nutre el ejército. En épocas de inestabilidad militar y conflictos sucesorios, como el final de la dinastía antonina y el inicio de la severiana, asociar al ejército a las responsables de la continuidad dinástica refuerza la autoridad de la familia imperial y atribuye a la “madre común” una función protectora de amplio alcance, reforzada por su ejercicio sacerdotal que contribuye a asegurar la benevolencia de los dioses sobre la comunidad (sobre las maternidades ficticias de carácter colectivo, Hemelrijk, 2012). Sin duda, los subtextos de género de la actividad guerrera son más complejos de lo que el método clasificatorio ateniense y romano podría sugerir.



Fig. 4 - Las *Matres Castrorum*. Faustina la Menor en un sestercio de 176-180 d.C. (RIC III, 1712) y Julia Domna en un sestercio de 196-209 d.C. (RIC IV, 860) (The Trustees of the British Museum, bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0).

### 3. MUJERES MEDIADORAS Y HACEDORAS DE PAZ. FORMAS DE OCUPAR EL ESPACIO PÚBLICO

Muchos comportamientos cotidianos de las mujeres constituían prácticas reguladoras de conflictos – la paz doméstica, dicen los romanos (Val. Max. 3.6; vd. Muñoz Muñoz, 1998) –, y muchas de sus actitudes favorecían situaciones de paz. Sobre esta base, el discurso de género que la vinculaba con las mujeres construyó un potente relato, donde las representantes de cierto ideal femenino – reales y de ficción – ocuparon el espacio público para frenar la guerra y defender la paz. Ello parece de un atrevimiento contradictorio, cuando la decisión sobre estos asuntos correspondía a la comunidad política masculina. Sin embargo la caracterización femenina de la paz convertía a las mujeres en uno de los mejores recursos para pensarla y explicarla.

Un primer ejemplo tiene que ver con el impacto y las graves consecuencias de las Guerras del Peloponeso, que suscitaron en la sociedad ateniense un fuerte debate en torno a la paz (Prandi, 1985), debate que Aristófanes llevó al teatro convirtiendo a las mujeres en protagonistas. ¿Por qué el autor las hace intervenir en un asunto considerado propio de varones? ¿Cómo argumentaron la necesidad de la paz? ¿Qué estrategias urdieron para conseguirla? El apasionado discurso de Lisístrata, Praxágora y las demás mujeres de las comedias de Aristófanes tiene un hilo conductor. La guerra les arranca a sus hijos y esposos, dejando sin sentido su contribución principal, según filósofos y políticos, al funcionamiento del Estado, su auténtica razón de ser como ciudadanas, que se ven obligadas a defender: proteger a su prole y procurar la perpetuidad de la comunidad. La guerra creaba tal conflicto, que volvía aceptable y justificable que las mujeres opinasen sobre la paz y la guerra y que lo hiciesen, además, en el espacio público donde se dirimen estos asuntos, y del que ellas estaban excluidas. Para eso tienen que entrar en el debate público, esgrimir sus argumentos y trazar sus estrategias, con su discurso y con sus medios, desde su posición de ciudadanas sin derechos, entrelazándose dos ámbitos que formalmente estaban separados. En *Lisístrata*, la Corifeo lo expresa de este modo: “Aunque mujer, permitid que proponga un remedio para vuestros males, pues al darle a mis hijos, también pago mi contribución al Estado.” (Ar. *Lys.* 650). La propia Lisístrata señala con claridad la contradicción entre los intereses de las mujeres y del Estado en el siguiente comentario: “Nosotras tenemos parte doble: primero parimos los hijos y luego los entregamos al ejército.” (Ar. *Lys.* 590). También lo manifiesta Praxágora, la protagonista de la *Asamblea de las Mujeres*, al afirmar: “Siendo madres serán las primeras en tratar de salvar a los soldados.” (Ar. *Eccl.* 230-240). Todas son madres o pueden llegar a serlo; todas sufren por causa de la guerra. A todas se les crea la misma contradicción entre el correcto desarrollo de sus funciones como reproductoras y las decisiones adoptadas por su comunidad política, de modo que anteponen sus intereses comunes como género, por encima de las diferencias políticas. No podemos perder de vista que no son voces femeninas “de primera mano” y que la intención de Aristófanes es paródica, planteando situaciones de intervención pública femenina inconcebibles en la vida real. Sin embargo el autor reproduce la (según él, ridícula) opinión que un hombre de su época atribuía a las mujeres respecto a la guerra, que a todos y todas afectaba, y la presenta como algo totalmente contrapuesto a la versión masculina. Fuese esa o no su intención, consigue recrear los estereotipos de género vigentes.

El segundo ejemplo corresponde ya a Roma, donde algunas manifestaciones de mujeres en el Foro se vinculan con la negación de la guerra y la defensa de la paz, en este caso para proteger sus intereses. Un ejemplo excepcional, tanto por su rareza como por estar protagonizado por mujeres, es el que brindan las matronas romanas que protestaron ante el Senado para que no las gravasen con impuestos con los que financiar la guerra civil. A su frente, una matrona, Hortensia, pronuncia uno de los primeros discursos públicos de una mujer sustentados en la conciencia de identidad y de los fundamentos específicos de su ciudadanía como mujeres. La defensa de sus privilegios afectados por la guerra aparece bien argumentada y clarividente:

“¿Por qué hemos de pagar impuestos si no participamos en los cargos, honores, puestos militares, ni, en una palabra, en el gobierno por el cual lucháis con tan funestos resultados? Decís: “porque es tiempo de guerra”. Y ¿cuándo no ha habido guerras? ¿Cuándo han sido gravadas las mujeres, cuyo sexo las coloca aparte de todos los hombres?” (App. *B Civ.* 4.32.4).

En otro horizonte, cabe destacar la mediación femenina en los conflictos armados, figurando esta actuación como agentes de mediación y artífices de paz ya en las leyendas fundacionales del Estado romano. Estas nos permiten realizar reflexiones sobre cómo y por qué se relaciona lo femenino y las

mujeres con situaciones de paz y de regulación de conflictos (Martínez López, 2000). En el que se produce entre Roma y el pueblo de los Sabinos son las propias Sabinas, raptadas primero y ya esposas y madres de romanos, las que con su acción de mediación impiden el enfrentamiento. Ciertamente es un episodio que admite diferentes lecturas, entre ellas cómo la supervivencia del conquistado, en este caso las mujeres secuestradas, pasa por asumir e incluso propagar los valores del conquistador. Sorprende la escasez de imágenes de un episodio crucial para la constitución del pueblo romano. Aún más, la escasa iconografía antigua del episodio incide en el momento del rapto, tal como lo muestran los denarios del 89 a.C. de *L. Titurius Sabinus* (RRC 344/1a), en los que dos soldados se llevan por la fuerza a dos mujeres que se resisten braceando (fig. 5). Podemos añadir un relieve en el friso de la Basílica Emilia (h. 54 a.C.; sobre la controversia acerca de su fecha, Cavalieri, 2000: 465 n. 2, con bibliografía anterior), y un sarcófago del s. II conservado en el Cornell Fine Arts Museum de Orlando (Florida, EE. UU.) (White, 2014). Se trata de una cruda demostración de fuerza y dominio sobre la mujer del enemigo reservada a los conquistados (vd. Dougherty, 1998: 269 ss.), que probablemente no resultaba adecuado asociar con las propias raíces. El romano ejerce sobre sus mujeres una forma de control podríamos decir “civilizado”, mediante normas legales y preceptos morales acerca del comportamiento femenino, y el destino oficial de las Sabinas es un matrimonio legal del que, desde la óptica romana, ellas serían las primeras beneficiadas. En cuanto al episodio de Coriolano (Dion. Hal. *Ant. Rom.* 8.44-53; Livy 2.40), el patricio romano que se rebela contra su ciudad aliándose con un pueblo enemigo, el papel de la madre y la esposa como mediadoras para detener la guerra es, si cabe, más crucial porque se trata de evitar no ya un enfrentamiento esperable entre vecinos rivales, sino una ruptura desde dentro del modelo de convivencia, algo así como un conflicto doméstico a escala ampliada.



Fig. 5 - El rapto de las Sabinas en un denario de *L. Titurius Sabinus*, 89 a.C. (RRC 344.1c) (The Trustees of the British Museum, bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0).

En estos casos de mediación en un enfrentamiento militar, las mujeres intervienen desde su misión como ciudadanas, es decir como madres y esposas, con un fin patriótico: el de restablecer el orden social amenazado por el conflicto bélico. Se sienten con autoridad, y se les permite con reticencias, para entrar en la esfera pública cuando el conflicto de intereses es evidente y los mecanismos de regulación, por su naturaleza, significan una lucha entre grupos familiares o cívicos. Son capaces de actuar de manera conjunta y organizada como grupo, hasta el punto de que Livio (2.40.3, sobre el episodio de Coriolano; 34.8.1-2 sobre las protestas femeninas contra la Ley Oppia, una situación

similar a la que provocó la intervención de Hortensia) utiliza para referirse a sus acciones de protesta un término de connotaciones militares, *agmen*, referido a una columna que marcha en formación (vd. Cid López, 2017). Podría decirse que la intervención femenina da la vuelta al sentido de esa actuación militar, empleándola en favor de la paz.

#### 4. CUERPOS EN COMBATE. MUJERES COMO VÍCTIMAS DE LA GUERRA

Sin participar formalmente en el ejército, las mujeres de la Antigüedad padecieron las guerras cada una desde su posición: como parte de los pueblos conquistados y derrotados, pero también entre los vencedores. El destino de las derrotadas tuvo una marca peculiar: la violencia que sufrieron sus cuerpos. Estos forman parte del combate y del botín, de la recompensa individual a cada soldado. El rapto de mujeres, para procrear o para ser objeto de explotación sexual, fue una práctica habitual en las sociedades antiguas y la violación siempre acompañó a la guerra (vd. Ashmore, 2015), ya que es además un modo de humillar al enemigo, de ejercer el dominio sobre lo más íntimo y personal. Se añade a la represión y muerte de las mujeres por su propio pueblo antes de que caigan en manos enemigas, la venta como esclavas y para la prostitución, etc. Esta conciencia se expresaba de forma elocuente en la tragedia *Las Troyanas*, un alegato contra el horror de la guerra sufrido por las mujeres, en este caso las troyanas capturadas por los aqueos, que veían morir a sus hijos y sufrían en sí mismas violaciones y esclavitud lejos de su tierra. Se vislumbra también en el temor expresado por la mujer de Mandonio en Hispania cuando pretende proteger a las jóvenes de sus familias ante Escipión (Liviy 26.49.12-16).



Fig. 6 - Mujeres dacias huyendo con sus familias. Escena 76 de la Columna Trajana, 113 d.C., Foro de Trajano en Roma ([http://www.trajans-column.org/?page\\_id=276](http://www.trajans-column.org/?page_id=276)).

La iconografía antigua no disimula estas escenas violentas. La cerámica griega muestra a Casandra agarrada al pie del Paladio, intentando protegerse infructuosamente del asalto de Ulises. La escena, reproducida en la pintura romana (Casa de Menandro en Pompeya), marca en cierto modo la pauta del modo en que en lo sucesivo va a representarse la indefensión de la vencida ante el soldado enemigo: la agresividad del atacante, la actitud de súplica, la semidesnudez que alude a la probable violencia sexual. La iconografía oficial de la victoria romana repite de forma recurrente el modelo, con pocos matices. Las imágenes de las víctimas de la batalla proliferan sobre todo a partir de época imperial. En la Columna Trajana (vd. Dillon, 2006) encontramos a las mujeres junto a niños y ancianos, huyendo del campo de batalla para refugiarse en el campamento romano (escena 39) o lejos de la ciudad conquistada (escena 76) (fig. 6), incluso con ciertas “consideraciones protocolarias” cuando se trata de mujeres de la élite gobernante dacia acompañadas por el propio emperador (escena 30). No hay violencia explícita en estas escenas, más allá del propio hecho de la huida y el exilio. Por el contrario, las escenas en la Columna de Marco Aurelio resultan especialmente duras. Frente a la iconografía trajanea, que podríamos describir como “trato humanitario a las vencidas” permitiéndoles una retirada digna junto con sus familiares, la Columna Aureliana acentúa los recursos dramáticos al retratar a las mujeres en medio del campo de batalla con gestos de terror y súplica, actitudes de huida desesperada, niños bruscamente separados de sus madres (fig. 7). Los cabellos y ropas desordenados, desnudando parcialmente a las víctimas que intentan evitarlo, acentúan su imagen de indefensión al aludir con probabilidad a agresiones sexuales y a su futuro como esclavas (Ramsby, Severy-Hoven, 2007: 56 ss.). La aparente diferencia de trato a las mujeres por parte de las tropas romanas en una y otra guerra es evidentemente fruto del diferente mensaje propagandístico a transmitir por los respectivos monumentos, siendo poco probable que responda a la práctica real en cada una de las dos guerras (Dillon, 2006: 258-260).



Fig. 7 - Mujer huyendo con su hijo de un soldado romano, escena 20 de la Columna de Marco Aurelio, 176-192 d.C., Plaza Colonna de Roma (a partir de [www.livius.org](http://www.livius.org)).

Una vez concluido el combate, la suerte de la derrotada no es mejor y aparece reflejada con la misma crudeza en la iconografía oficial romana. Es cierto que la Columna Trajana presenta una imagen benévola de los conquistadores romanos, que acogen como refugiadas a las mujeres que huyen de la batalla y permiten integrarse como ciudadanas a las que aceptan la nueva situación (escenas 86, 91). Sin embargo la imagen más insistente es la de la prisionera: en actitud de total abatimiento al pie de una palmera o de un trofeo militar, sola o más frecuentemente acompañada, bien por un prisionero varón en pie o sentado al otro lado del elemento central, o por el general triunfante y amenazador. También aquí se emplea el recurso de la (semi)desnudez de la vencida, con idéntico significado: la barbarie de los pueblos conquistados, ajenos a los códigos morales expresados en la vestimenta romana; la vulnerabilidad de la mujer y la alusión a su destino como esclava, objeto de violencia sexual (Ramsby, Severy-Hoven, 2007: 48, 57). Es cierto que en ocasiones su compañero muestra una imagen similar de indefensión, desarmado, maniatado e incluso desnudo, como en un mosaico de Tipasa (Neira Jiménez, 2004: 880, Figs. 1-2). Sin embargo no es raro que la imagen del prisionero bárbaro, en pie e incluso con expresión desafiante, exprese más la dignidad de un poderoso enemigo vencido – engrandeciendo la propia victoria romana – que su humillación. En el caso de las mujeres, incluso cuando se muestran erguidas, esa cuestión ni siquiera se plantea. Así lo vemos en las acuñaciones conmemorativas de conquistas (fig. 8) (vd. Hammersen, 2017: 257-260): monedas de César de la conquista de Galia (*RRC* 468/2), las de *Iudaea Capta* de Vespasiano y Tito (*RIC* II 1-4, 159, 163-168, 233-235, etc.); la *Germania Capta* de Domiciano (*RIC* II 274, 325-326, 330-331, etc.), la Dacia conquistada (*RIC* II 216-223) y la *Parthia Capta* de Trajano (*RIC* II 324-325). El modelo es el mismo para las alegorías provinciales y las prisioneras humanas, apareciendo en monumentos públicos y objetos privados desde época augustea, en la que se fechan los relieves del templo de Apolo Sosiano o la Gema Augusta, en adelante. En ese templo, como en un relieve del Museo Nazionale Romano, la escena muestra a la pareja de cautivos, hombre y mujer, exhibidos sobre unas andas durante la procesión triunfal (imágenes en La Rocca, Tortorella, 2008: n.º 1.2.3 y 1.2.16). El tema presenta una larga vigencia en la iconografía oficial del triunfo (vd. Östenberg, 2009: Cap. 3), hasta el punto de emplearse todavía en el arco de Constantino, aunque este conmemora una victoria “interna” y no una conquista (Souza, 2011: 55 ss.).



Fig. 8 - Las provincias conquistadas representadas como mujeres prisioneras en las acuñaciones imperiales: Galia, denario de César del 46-45 a.C. (*RRC* 468.2); Judea, sestercio de Vespasiano, 71 d.C. (*RIC* II.1, 233); Germania, áureo de Domiciano, 95-96 d.C. (*RIC* II.1, 781); Partia, áureo de Trajano, 112-117 d.C. (*RIC* II.2, 328) (The Trustees of the British Museum, bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0).

La feminización de las provincias conquistadas va más allá de la literalidad de las mujeres víctimas. Arranca del arte oficial augusteo y en opinión de Ramsby y Severy-Hoven (2007: 47, 53 ss.), forma parte del mismo argumentario que pretende la vuelta a las tradiciones en el ámbito ciudadano y familiar: la mujer-esposa hogareña sometida a la potestad de su marido, la mujer-provincia sometida a su conquistador en un mundo “domesticado” en cualquiera de los sentidos del término (en la misma línea, Dougherty, 1998: 270-271). El dominio masculino queda asegurado por la posesión y el control sobre la mujer, literales o metafóricos. Es cierto que si la provincia conquistada ha sido “pacificada” e “integrada” más o menos completamente, adopta una iconografía honorable, como las matronas rodeadas de símbolos de abundancia en diversas amonedaciones imperiales (Méthy, 1992), y algunas de las personificaciones en el *Hadrianeum* de Roma (vd. Juhász, 2015). Pero en plena exaltación de la conquista reciente, la imagen es casi invariablemente la que acabamos de describir.

Pero el sufrimiento de las mujeres no se limitó a las vencidas. También las de los vencedores pudieron ser víctimas de la guerra. En una perspectiva interseccional, eran las mujeres de las capas más humildes quienes la padecían de forma singular. Al perder a sus familiares quedan viudas, huérfanas; muchas empobrecidas. Esa masa de mujeres pobres que pululaban por Roma la formaban, en parte, víctimas de las guerras que pasaban a la prostitución como forma de sustento. Además la vida de cualquier mujer, sin distinción de rango social, podía verse afectada por la guerra en tanto mermaba o contravenía su mundo de afectos y referencias emocionales con la muerte de sus hijos, padres o maridos. Pero su dolor podía ser reprimido, incluso con la muerte, si era contrario al ideal patriótico o familiar. Recordemos la muerte de Horacia a manos de su hermano por llorar la muerte de un enemigo, uno de los Curiacios que era su prometido (Livy 1.26), o la intervención de los magistrados para alejar a las matronas de los espacios públicos donde lamentaban la pérdida de sus familiares tras la derrota de Trasimeno:

“El dolor por las pérdidas y las manifestaciones externas hacen que los magistrados intenten acabar con el alboroto y el miedo, para lo cual apartan a las matronas de los espacios públicos y las llevan a sus casas obligándolas a permanecer dentro” (Livy 22.55.6-2).

Hay marcas visibles y otras invisibles que quedan en los cuerpos y la memoria de las mujeres: la experiencia del dolor de una guerra que ellas no eligieron, los muertos, el miedo, la soledad, las violencias sexuales, las violencias corporales, el desarraigo, la asunción de responsabilidades antes desconocidas, los desplazamientos. Pero la conversión de lo vivido en relato histórico no depende de su valor intrínseco como tal experiencia única e irrepetible, sino de criterios culturales y políticos sobre qué es lo que tiene legitimidad para permanecer y qué debe constituirse en objeto de interés y de estudio para la historia (Llona, 2009). Muchas limitaciones para reconocer la violencia ejercida contra las mujeres tienen que ver con su falta de visibilidad en las fuentes, escritas o visuales, al relacionarse con la intimidad y vida personal. Pero en ellas también hay que ver la cultura patriarcal que no reconoce diferencias por razón de género y uniformiza el tratamiento de las víctimas desde la experiencia masculina, invisibilizando a las mujeres que sufrieron otras formas de violencia en la guerra.

## 5. BENEFICIARIAS DE LA GUERRA

Nos referimos por último a los beneficios de la guerra para algunas mujeres, las de los vencedores-conquistadores, que podían beneficiarse del imperialismo – ateniense o romano – mediante la redistribución de la riqueza obtenida por los varones de su núcleo familiar, mejorando así su nivel de vida. Pero la guerra también alteraba las relaciones entre mujeres y hombres en el seno de la familia

y, con ello, las formas de control ejercido sobre estas. El caso de las mujeres de las élites de Roma en el periodo republicano es paradigmático. Aunque sometidas a tutela, la distancia de maridos y padres impidió ejercerla con la misma severidad que en su presencia. Además, la muerte en la guerra de sus parientes masculinos aumentaba sus posibilidades de heredar, atesorando así enormes fortunas. La mayor presencia de mujeres en el espacio público, con acciones de matronazgo arquitectónico en muchas ciudades de Italia en el siglo I a.C., es sintomática de esa mayor riqueza, autonomía y capacidad de intervenir en espacios antes negados (Martínez et al., 2019). También aquellas que colaboraron en alguna medida al éxito de su patria, como ya hemos señalado, lograron honores y privilegios públicos, que las prestigiaron y distinguieron en su proyección social.

Estas aproximaciones metodológicas sobre la vinculación de las mujeres con las guerras desde diversas ópticas señalan la necesidad de incorporar la perspectiva de género, tanto en los discursos sobre la guerra y la paz como sobre las prácticas que los sustentan, ya sea en el campo puramente militar o en el social. Los roles de género tradicionales del hombre, ciudadano, soldado, triunfador frente a la mujer, ciudadana, madre, garante de una paz fructífera, se trasladan a la propaganda oficial y se visualizan en una imagen de madre protectora, bien sobrenatural como diosa armada y triunfal o bien terrena, en la función cívica de madre de ciudadanos-soldados que afecta incluso a las emperatrices romanas. De igual modo, resalta la importancia de contemplar la diversidad entre las mujeres y su distinta experiencia ante la guerra según la clase o su posición entre los que conquistan o entre los conquistados. En el bando conquistador, el romano en el caso que hemos analizado más de cerca, se fomenta la imagen descrita y se silencia, también visualmente, el sufrimiento que la guerra genera en las mujeres propias. En cuanto a la conquistada, solo puede asociarse a una imagen de derrota, generalmente mostrada en toda su crudeza. Finalmente, no se trata de ver la presencia de las mujeres en la guerra, ni siquiera cuando aparecen con un rol activo en la misma, como una inversión de lo femenino y lo masculino, sino como modelos de género y culturales diferentes a los hegemónicos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMORÓS PUENTE, C. (2014): La mujer, ¿instigadora de guerras?, in F. QUESADA SANZ (eds.), *Mujeres en guerra: cuerpos, territorios y anexiones*. Madrid: 15-33.
- ASHMORE, M. (2015): *Rape culture in ancient Rome*. Classic Honors Papers 3. New London (Connecticut). Accesible online: <http://digitalcommons.conncoll.edu/classicshp/3> (descargado 11-8-2020).
- BELTRÁN LLORIS, F. (2017): Acerca del concepto de romanización, in T. TORTOSA; S. F. RAMALLO ASENSIO (eds.), *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano* (Murcia, 2015). Anejos de Archivo Español de Arqueología 79. Madrid: 17-26.
- BOATWRIGHT, M. (2003): Faustina the Younger: "Mater Castrorum", in R. FREI-STOLBA; A. BIELMAN; O. BIANCHI (eds.), *Les femmes antiques entre sphère privée et sphère publique* (Lausanne-Neuchâtel, 2000-2002). Berna: 249-268.
- CAVALIERI, M. (2000): La basilica in Italia: decorazione scultorea e sue valenze politico-culturali. *Athenaeum* 88,2: 465-476.
- CHAVES TRISTÁN, F.; MARÍN CEBALLOS, M<sup>a</sup> (2004): Las cabezas galeadas en la amonedación hispana, in M. CACCAMO CALTABIANO; D. CASTRIZIO; M. PUGLIESI (eds.), *La tradizione iconica come fonte storica. Il ruolo della Numismatica negli studi di iconografia* (Messina, 2003). Reggio Calabria: 351-384.
- CID LÓPEZ, R. (2017): Las matronas y los *agmina mulierum* en la Roma antigua: Del matriotismo a la protesta, in C. MARTÍNEZ LÓPEZ; P. UBRIC RABANEDA (eds.), *Cartografías de género en las ciudades antiguas* (Granada, 2016). Granada: 207-232.
- CONESA NAVARRO, P. (2019): Faustina la Menor y Julia Domna como *Matres Castrorum*: Dos mujeres al servicio de la propaganda imperial de las dinastías Antonina y Severa. *Lucentum* 38: 281-299.
- DILLON, S. (2006): Women on the columns of Trajan and Marcus Aurelius and the visual language of Roman victory, in S. DILLON; K. WELCH (eds.), *Representations of war in ancient Rome*. Cambridge: 534-588.
- DOUGHERTY, C. (1998): Sowing the seeds of violence: rape, women and the land, in M. WYKE (eds.), *Parchments of gender: deciphering the bodies of Antiquity*. Oxford: 267-284.
- EPSTEIN, C. (2014): The postcolonial perspective: An introduction. *International Theory* 6,2: 294-311.



- FABRE-SERRIS, J.; KEITH, A. (eds.) (2015): *Women and war in Antiquity*. Baltimore.
- GARCÍA AMUTXASTEGI, I. (2009): Las figuras femeninas en *Púnica* de Silio Itálico: El caso de Sofonisba y de Asbite. *Arenal* 16,2: 331-351.
- GARDNER, A. (2013): Thinking about Roman Imperialism: Postcolonialism, Globalisation and Beyond? *Britannia* 44: 1-25.
- GREENE, E. (2013): Female Networks in Military Communities in the Roman West: A View from the Vindolanda Tablets, in E. HEMELRIJK; G. WOOLF (eds.), *Women and the Roman City in the Latin West*. Mnemosyne, Supplements 360. Leiden: 369-390.
- GREENE, E. (2016): Identities and Social Roles of Women in Military Communities of the Roman West, in S. BUDIN; J. TURFA (eds.), *Women in Antiquity: Real Women across the Ancient World*. London: 942-953.
- HALLETT, J. (2015): Fulvia: The representation of an elite Roman woman warrior, in J. FABRE-SERRIS; A. KEITH (eds.), *Women and war in Antiquity*. Baltimore: 247-263.
- HAMMERSEN, L. (2017): *Indigenous women in Gaul, Britannia, Germania an celtic Hispania, 400 BC – AD 235*. Tesis doctoral, Universidad de Bangor (Gales, R.U.). Accesible online: <http://e.bangor.ac.uk/9865/1/Hammersen%20PhD%202017.pdf> (descargado 8-10-2019).
- HEMELRIJK, E. (2012): Fictive motherhood and female authority in Roman cities. *Eugesta* 2: 201-220. Publicación online: <https://eugesta-revue.univ-lille.fr/numeros/numero-2-2012/> (consultado 12-8-2020).
- JUHÁSZ, L. (2015): The iconography of the Roman provinces personifications and their role in the imperial propaganda. *Dissertationes Archaeologicae* 3,3: 301-308.
- LA ROCCA, E.; TORTORELLA, S. (dir.) (2008): *Trionfi Romani. Catalogo della Mostra* (Roma, 2008). Milano.
- LOMAN, P. (2004): No Woman No War: Women's Participation in Ancient Greek Warfare. *Greece & Rome* 51,1: 34-54.
- LLONA GONZÁLEZ, M. (2009): Memoria histórica y feminismo. *Jornadas Feministas* (Granada, 2009). Accesible online: <http://www.feministas.org/IMG/pdf/Llona-memoria-feminismo.pdf> (consultado 30-7-2020).
- LÓPEZ CASADO, R. (2015): Fulvia, corazón de cónsul, in P. HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (eds.), *Amor y sexualidad en la Historia* (Salamanca, 2014). Temas y Perspectivas de la Historia 4. Salamanca: 117-135.
- LORAUX, N. (1991): ¿Qué es una diosa?, in G. DUBY; M. PERROT (dir.), *Historia de las mujeres. I. La Antigüedad*. Madrid: 29-69.
- MAGALLÓN PORTOLÉS, C. (1993): Hombres y mujeres: el sistema sexo-género y sus implicaciones para la paz. *Mientras Tanto* 54: 61-76.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (1986): Las mujeres en la Península Ibérica durante la conquista cartaginesa y romana, in E. GARRIDO GONZÁLEZ (eds.), *La mujer en el mundo antiguo* (Madrid, 1985). Madrid: 387-396.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (1990): Las mujeres en la conquista y romanización de Hispania meridional. *Florentia Iliberritana* 1: 245-255.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (1998): Eirene y Pax: Conceptualización y prácticas pacíficas femeninas en las sociedades antiguas. *Arenal* 5,2: 238-261.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (2000): Las mujeres y la paz en la historia: Aportaciones desde el mundo antiguo, in F. MUÑOZ MUÑOZ; M. LÓPEZ MARTÍNEZ (eds.), *Historia de la paz: Tiempos, espacios y actores*. Granada: 225-290.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, C.; GALLEGO FRANCO, H.; MIRÓN PÉREZ, M.<sup>a</sup> D.; ORIA SEGURA, M. (2019): *Constructoras de ciudad: Mujeres y arquitectura en el occidente romano*. Granada.
- MCGOWEN, S. L. (2010): *Sacred and civic stone monuments of the Northwest Roman provinces*. BAR International Series 2109. Oxford.
- MÉTHY, N. (1992): La représentation des provinces dans le monnayage romain de l'époque impériale (70-235 ap. J.C.). *Numismatica e Antichità Classiche – Quaderni Ticinesi* 21: 267-293.
- MIRÓN PÉREZ, M.<sup>a</sup> D.; MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (2000): La Paz desde la perspectiva de los estudios de género: una aportación fundamental para construir un mundo más igualitario, justo y pacífico, in J. RODRÍGUEZ ALCÁZAR (eds.), *Cultivar la paz: perspectivas desde la Universidad de Granada*. Granada: 125-132.
- MIRÓN PÉREZ, M.<sup>a</sup> D. (dir.); MARTÍNEZ LÓPEZ, C.; DÍEZ JORGE, M.<sup>a</sup> E.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; MARTÍN CASARES, A. (2002): *Las mujeres y la paz: génesis y evolución de conceptualizaciones, símbolos y prácticas*. Madrid.
- MOLONEY, E.; WILLIAMS, M. (eds.) (2017): *Peace and Reconciliation in the Classical World*. Londres.
- MUÑOZ MUÑOZ, F. (1998): La pax romana, in F. MUÑOZ MUÑOZ; B. MOLINA RUEDA (eds.), *Cosmovisiones de paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*. Granada: 191-228.
- MUÑOZ MUÑOZ, F. (2001): *La paz imperfecta*. Granada.
- MUÑOZ MUÑOZ, F.; DÍEZ JORGE, E. (1999): *Pax orbis terrarum: La imagen de la pax en las monedas romanas*. *Florentia Iliberritana* 10: 211-250.
- MUÑOZ MUÑOZ, F.; MARTÍNEZ LÓPEZ, C. (2012): Los *habitus* de la paz imperfecta, in F. MUÑOZ MUÑOZ; J. BOLAÑOS CARMONA (eds.), *Los habitus de la paz: teorías y prácticas de la paz imperfecta*. Granada: 37-64.
- MUÑOZ MUÑOZ, F.; MARTÍNEZ LÓPEZ, C.; JIMÉNEZ ARENAS, J. (2013): Los conflictos y la paz como motores de la historia, in A. JIMÉNEZ; J. LOZANO; F. SÁNCHEZ-MONTES; M. BIRRIEL (eds.), *Construyendo historia: estudios en torno a Juan Luis Castellano*. Granada: 595-605.
- MUÑOZ MUÑOZ, F.; RODRÍGUEZ ALCÁZAR, J. (1997): Horizontes de la investigación sobre la paz, in M.<sup>a</sup> J. CANO PÉREZ; F. MUÑOZ MUÑOZ (eds.), *Hacia un Mediterráneo pacífico*. Granada: 59-75.
- NEIRA JIMÉNEZ, M.<sup>a</sup> L. (2004): La imagen del "otro": representaciones de "bárbaros" en la musivaria romana, in M. KHANOUSSI; P. RUGGERI; C. VISMARA (eds.), *L'Africa Romana XV. Ai confini dell'Impero: contatti, scambi, conflitti* (Tozeur, 2002). Roma: 877-894.

- ÖSTENBERG, I. (2009): *Staging the World: Spoils, captives and representations in the Roman triumphal procession*. Oxford.
- POGĂCIAȘ, A. (2017): The Dacian society - Fierce Warriors and their women: Sources and representations. *Hiperborea Journal* 4,1: 5-22.
- PRANDI, L. (1985): Il dibattito sulla pace durante la guerra del Peloponneso, in M. SORDI (eds.), *La pace nel mondo antico*. Milán: 69-85.
- RAAFLAUB, K. (2007). *War and Peace in the Ancient World*. Malden.
- RAMSBY, T.; SEVERY-HOVEN, B. (2007): Gender, sex and the domestication of the Empire in art of the Augustan age. *Arethusa* 40,1: 43-71.
- SEBILLOTTE-CUCHET, V. (2015): The Warrior Queens of Caria, in J. FABRE-SERRIS; A. KEITH (eds.), *Women and war in Antiquity*. Baltimore: 228-246.
- SEBILLOTTE-CUCHET, V. (2008): Hérodote et Artémisia d'Halicarnasse: Deux métis face à l'ordre des genres athénien. *Clio. Femmes, Genre, Histoire* 27: 15-33.
- SHARROK, A. (2015): Warrior women in Roman epic, in J. FABRE-SERRIS; A. KEITH (eds.), *Women and war in Antiquity*. Baltimore: 157-178.
- SOUZA, PH. DE (2011): War, slavery and empire in Roman imperial iconography. *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 54,1: 31-62.
- TERRENATO, N. (2005): The deceptive archetype: Roman colonialism and post-colonial thought, in H. HURST; S. OWEN (eds.), *Ancient Colonizations. Analogy, Similarity and Difference*. London: 59-72.
- VERMEULE, C. (1974): *The goddess Roma in the art of the Roman Empire*. Boston (2<sup>a</sup> ed.).
- WEBSTER, J.; COOPER, N. (eds.) (1996): *Roman Imperialism: Post-colonial Perspectives*. Leicester.
- WHITE, F. (2014): Marble provenance investigation of the Roman Sabine sarcophagus. *Open Journal of Archaeometry* 2,2: 119-123.
- WOOD, S. (2001): *Imperial women: A study in public images, 40 BC – AD 68*. Leiden.